



Anunciación Sancho López, 77 años.
María Jesús Pérez Sánchez, 22 años.

El milagro del pan

Anunciación era aún una niña, pero ya figuraba en el bando de los perdedores de la guerra. Cuando las bombas caían, cuando la comida escaseaba, a ella y a su familia aún les quedó el apoyo de una fe perseguida.

El racionamiento de posguerra se cebaba en una mesa rodeada de niños. Los alimentos a que las cartillas daban derecho apenas bastaban y el sueldo del contable de una fábrica de tejidos no alcanzaba para comprar en el estraperlo. Sólo quedaban las oraciones. En aquella mesa, el pan se pedía a Dios. Y un día, llegó. Venía en forma de harina, pero las manos y una cocina billbaina lo convertían en miga y corteza. "Había que dar gracias a Dios porque nos había mandado el pan."

El Dios al que Anunciación dirigía sus ruegos era el de los evangélicos. Un Dios al que, durante mucho tiempo, sus fieles sólo pudieron rezar ocultos. Pero cuando Anunciación Sancho habla de los temores de su infancia ni juventud, pasadas entre las bombas de la Guerra Civil que sembraban Valladolid y la represión de la Dictadura, su voz no guarda rencor. En ella no hay notas de amargura y resentimiento, sólo un punto de incomprensión resignada, como si a pesar de sus 77 años, aún viera aquellos tiempos con ojos de niña.

"Oyó cantar y le gustó"

Esta vallisoletana varada en Vallecas, cuarta de nueve hermanos, recuerda que un día su padre, Jesús Sancho, llegó a casa con una Biblia. La había comprado en la iglesia evangélica de la calle José María Lacort. Eran pocos meses antes del comienzo de la Guerra Civil. "Oyó cantar [en la Iglesia] y le gustó, entró". Poco después, toda la familia asistía a las misas.

"En el colegio del Ayuntamiento aprendéis el catolicismo y aquí nos enteramos de la Biblia. Cuando seáis mayores, escogéis lo que os parezca." Eran los proyectos de su padre.

El 18 de julio de 1936, Anunciación había cumplido ya ocho años. Aquel día, ni sus padres ni sus hermanos saldrían de casa. Ventanas cerradas, miedo. El calor asfixiaba y Jesús abrió el balcón para dejar entrar un poco de aire. Durante un rato, él y su hija Araceli se quedaron allí. A veces, algunos hombres armados rompían el silencio de las calles vacías. De repente, una bala silbó a su lado. "Era que empezaba la revolución". Valladolid permanecería hasta el final bajo control de los nacionales.

"Hoy han dado el paseo a otro"

Anunciación veía cómo las bombas republicanas estallaban en cualquier sitio de la ciudad. "Cuando estábamos en casa, las vecinas bajaban a nuestro piso, en un primero, para refugiarse. En la habitación de mis padres nos metíamos todos." Un día las sirenas no sonaron y la metralla de una bomba alcanzó a su hermano pequeño en el cuello.

-Hoy han dado el paseo a otro. Era la frase que Jesús repetía casi cada día al llegar del trabajo. Había miedo en sus palabras y Araceli, lo notaba. Jesús había sido bibliotecario en la Casa del Pueblo de Valladolid. Un día llevó una Biblia, pero sus compañeros no le permitieron dejarla allí.

-Donde no cabe la Biblia, tampoco quepo yo - respondió.



Y pidió la baja.

Faltaba una semana para que la guerra estallara.

Hasta 1937, unas 335 personas fueron fusiladas tras pasar por un Consejo de Guerra en Valladolid. No se conoce cuántos opositores fueron ejecutados por los "escuadrones del amanecer" falangistas. Anunciación y Araceli creen que la nueva religión de su padre le salvó la vida.

La guerra había sido una mala noticia para los evangélicos. Con el avance de los nacionales, los pastores eran expulsados al exilio, las iglesias protestantes clausuradas y sus bienes requisados.

Y la intolerancia se extiende.

Una niña camina por la calle con su familia. Desde la otra acera, alguien chilla: ¡Protestantes! Al grito le sigue una retahíla de insultos. Una piedra vuela a unos pocos centímetros y se estrella en el suelo. Anunciación tenía miedo.

"Era la gente del barrio. No la de mi casa, pero sí la de los alrededores. No íbamos publicando que éramos evangélicos, pero lo sabían. El que no fuera católico ya era mal mirado y perseguido". Anunciación no se imaginaba hasta qué punto. Un día, oyeron gritos en el portal. Era una pelea entre un matrimonio vecino.

-¡Desgraciado! -espetó la esposa-. ¿Adónde vas a llamar, si siempre has querido darle el paseo a su marido y yo no te he dejado?

El marido, recuerda Araceli, pertenecía a la policía secreta.

No todos los momentos fueron amargos. Una de las familias que les insultaba se fue a vivir a Barcelona y allí entró en contacto con la Iglesia Evangélica. Cuando regresaron, les pidieron perdón. Anunciación sonríe. "En general, no nos decían nada. Los vecinos nos apreciaban. Mi madre hacía todo el bien que podía."

A las ocho de la tarde, algunos días, a una puerta en Valladolid empezaba a llamar gente. Son hombres y mujeres acompañados muchas veces de sus hijos. En total, unas diez personas. En sus gestos, en su voz se adivina un cierto deje de miedo. Se comenta que en Medina del Campo la policía sorprendió a un grupo de evangélicos reunidos. Les obligaron a beber aceite de ricino y les cortaron el pelo en forma de cruz. Cuando están todos, comienzan sus rezos. Los cánticos suenan siempre en voz muy baja. Anunciación se esfuerza por alcanzar el libro de las letras. Le apasionaba cantar. Las reuniones de los evangélicos siguieron prohibidas hasta que las puertas de su iglesia pudieron volver a abrirse en 1946. La única solución durante aquellos años fue la clandestinidad.

Fusilado

La represión religiosa no fue la única sufrida en casa de Anunciación. "Durante la guerra, un hermano de mi madre se refugió en casa. Venía de Pedrosa del Rey, perseguido por ser socialista." Araceli asegura que a su tío Francisco, le fueron a buscar a casa para matarle. Le metieron en un camión con otros y le llevaron al campo. Se escapó y tras correr durante toda la noche, llegó a Valladolid. Al día siguiente, sus hermanos decidieron acudir a un guardia civil que conocían. Él sabía que Francisco no había pertenecido a ningún partido político. "Ya no le volvimos a ver. Ni siquiera supimos dónde le enterraron". El gesto de Anunciación se ensombrece.

Pero en aquella época, la vida también regalaba pequeños milagros. El pan que la familia de Anunciación pedía todos los días llegó de manos de otra víctima de la represión. "Claro, el saco de harina no cayó así... Teníamos un amigo en León, que era veterinario y por no seguir el catolicismo, le metieron en la cárcel. Cuando salió, no le dejaron ejercer su profesión. Un primo suyo, le ofreció ir a Valladolid, y trabajar en su



fábrica de harina. Y pudo mandarnos un saco de harina cuando nosotros lo necesitábamos."

Este leonés se llamaba Audelino González Villa y era uno de los evangélicos insignes de Zamora y León. Anunciación le recuerda alto y delgado, "hablaba muy bien" y, sobre todo, era "muy educado".

"Nosotros creíamos que Dios había preparado así las cosas. El mal que por un lado le hicieron de no dejarle ser veterinario fue para que a nosotros nos librara un poco del hambre."

No sólo eran sacos de harina lo que llegaba a casa de Anunciación de forma inesperada. Una mañana de 1941, la policía llamó a su puerta.

-Tenemos una chica que les conoce, que viene deportada de Asturias, ¿podría vivir con ustedes?

La respuesta de Jesús llegó en la comisaría.

-Sí, tengo muchos hijos, pero no importa, uno más.

"Y se la llevó a casa. No la conocíamos de nada. Se llamaba María Teresa."

Teresa era una muchacha "chiquita", de unos 17 años y que parecía no tener miedo. A Anunciación le contaron luego que su padre y sus hermanos se habían ocultado de los falangistas en la montaña asturiana. "Para que no les favorecieran, a la madre y a las hermanas las echaron de Gijón. Las llevaron a un campo de concentración. A Tere, por ser menor de edad la llevaban a Valladolid con las monjas. No tenía edad para un campo de concentración." En el tren, compartió conversación con sus compañeros de cautiverio. "Un familiar nuestro que iba preso le dio nuestras señas de Valladolid."

-Cuando llegues, di que son amigos tuyos. Mejor estarás con ellos que con las monjas.

María Teresa supo en el 48 que habían matado a sus dos hermanos y a su padre. Liberaron a su madre y a sus hermanas. Volvió con ellas a Asturias. Años más tarde, Teresa se casó con el hermano mayor de Anunciación.

Un poco de aire

Las cosas empezaron a mejorar para los evangélicos cuando, en 1945 la nueva normativa para cultos disidentes les permitió reiniciar sus actividades, nunca en público, si el Gobernador Civil lo consideraba adecuado. Sin embargo, no fue hasta el 67, cuando la nueva ley de libertad religiosa abrió un poco el puño del Régimen.

Por aquel entonces, Anunciación ya vivía en Madrid. Se casó y tuvo tres hijas. Afirma que su religión siempre la ha ayudado, incluso cuando murió su marido, en el 95. En su carácter, la represión que vivió parece no haber dejado marca. Hace unos años, fue con una de sus hijas a Jerusalén en un viaje organizado por unos monjes franciscanos. "Cuando nos fuimos a apuntar, les dijimos que no éramos católicas. Nos respondieron: a nosotros no nos importa. ¿Y a ustedes? A nosotras, tampoco."

Lo importante de la vida

Anunciación tiene muy claro lo mejor de sus casi 80 años. Cuando a esta mujer a quien los golpes deberían haberle amargado la mirada, le preguntan por los momentos más bonitos de su vida, sus pequeños ojos serenos brillan y en su voz se transparenta una alegría cristalina.

Responde: "Mis hijas". Y pronuncia las palabras con orgullo cuando añade "Ver lo estudiosas que me salieron. Mi marido me dijo un día que habría que buscarlas algo, y yo le dije, que sigan estudiando. Como no había que decirles nada... sólo estaba



prohibida la televisión, sólo se veía el sábado y el domingo, porque había que estudiar."

Pero esta cariñosa madre y abuela no olvida al resto de su familia. Seis hermanos, sobrinos ya con sus hijos... dispersos no sólo en España sino también en Europa. El sueño que ha pedido hacer realidad es una comilona con todos. "Siempre lo hemos pasado muy bien cuando hemos estado juntos". Y se le nota en la sonrisa que eso es lo que le hace ilusión, reunirse con ellos. "La familia es muy importante. Me apoyaron cuando mi marido estaba enfermo. A mis niñas las he vestido con la ropa que me mandaban de mis sobrinas"

La fe es, para Anunciación, otra de las cosas que merecen la pena en la vida. "Ayuda mucho. Se pasan cosas muy desagradables..." Su religión le gusta porque "es muy libre". "No estamos sujetos a lo que diga una religión: hay que ir a misa todos los días o hacer... tenemos libertad, para ir cuando queramos y para hacer lo que nuestra conciencia nos dicte." Y de libertad, ella sabe bastante. Hoy mira a la gente y piensa que no sabe ser feliz. "Antes escaseábamos de bastantes cosas. Ahora lo tienen todo. Pero no por eso son más felices. Éramos más felices nosotros con una tortilla, que nos comíamos en el campo que los jóvenes hoy con las discotecas y eso. Porque no hace lo que se tiene la felicidad."

Quizás por eso, Anunciación aprovecha cada minuto de su tiempo. Va a clases de cultura general y hace gimnasia. La lista de los países a los que ha viajado en los últimos años incluye los de media Europa, de Noruega a Grecia y los de otros continentes, como Egipto o Rusia. "Mi hija Raquel es quien me lleva" y tal vez sea eso lo que más le emociona. Al salir a la calle, pronuncia entre risas una frase que resume toda su filosofía de vida: "Nosotras bajamos por las escaleras, que somos jóvenes".